

Joan Nogué

Rastros, huellas, vestigios

Texto publicado en La Vanguardia - Culturas, 03/02/2010

Vivimos rodeados de vestigios, señales, huellas. Proceden tanto de los que nos precedieron hace siglos como de los que, apenas unos minutos o unas semanas antes que nosotros, emprendieron el mismo camino, deambularon por el mismo sendero, dormitaron exactamente en el mismo lugar o, sencillamente, pasearon vagabundeando por los muchos descampados que abundan en la periferia de nuestras ciudades. Parece que no nos fijemos en estos rastros, pero lo cierto es que, casi como quien no quiere, los distinguimos con claridad. ¿De quién eran estas huellas? ¿Adónde se dirigirían quienes las marcaron? En el campo, miles de hectáreas de campos de labor y antiguos pastos abandonados están siendo, irremediabilmente, invadidos por el bosque y el matorral. Entre una maraña de zarzas y arbustos intuimos las sencillas paredes de piedra seca de una ya irreconocible cabaña de pastor o el amasijo, una vez lleno de vida, de los restos de una vieja masía. ¿Qué nos queda del recuerdo de su existencia? ¿Quiénes fueron los que labraron, sembraron y cosecharon aquellos bancales? Sí, el paisaje es un extraordinario y evocador palimpsesto de capas de memoria personal y social, una caótica superposición de huellas del pasado que conforma un universo de marcas individuales y colectivas que afirman y dan fe de nuestro paso por este mundo. El paisaje es, en definitiva, nuestro testamento. ... que nosotros, de los que siguieron el mismo itinerario que nosotros unas horas, unos días antes. Restos efímeros de la presencia fugaz de seres humanos. Ausencias tangibles, intangibles presencias. El paisaje urbano es de una riqueza infinita en pistas, señales, indicios que sugieren, que evocan y alimentan nuestra curiosidad, nuestra imaginación.

A diario, aunque no seamos conscientes de ello, oscilamos entre presencias y ausencias, escrutando elementos que, medio escondidos, no se resignan a su invisibilidad y se plantan ante nosotros haciéndonos guiños con insistencia, reclamando su protagonismo. ¿Cuál es la clave para penetrar en lo que apenas percibimos? ¿Cómo prestar la atención debida a ese submundo de sugestivas insinuaciones? ¿Cómo atraparlo y reflejarlo? Tal vez los artistas accedan a esa clave con más facilidad que el resto de los mortales. Así, voce pronto, me vienen a la memoria - y sin salir del entorno inmediato-una larga lista de nombres, sobre todo fotógrafos y directores de cine, pertenecientes a una misma generación, que han conseguido convertirse en zahoríes del paisaje, ya sea rural, urbano o metropolitano. Recuerdo, ahora mismo, a Jordi Bernadó y sus precisas e impactantes imágenes sobre los detritus periurbanos, o a Bleda y Rosa y sus excelentes trabajos Campos de fútbol y Campos de batalla.Me viene a la memoria la aguda mirada de Rafael López-Munné sobre las estructuras tangibles e intangibles que explican el poder que ejerce en nosotros, a nivel visual, íntimo y psíquico, un paisaje como el del Priorat. Pienso, también, en Ramón Millá y su concepción de la ciudad como un gran lienzo compuesto de retazos de memorias anónimas y siempre fugaces; en Xavier Ribas y su mirada a las cunetas de nuestras carreteras, donde ramos descoloridos de flores de plástico cartografían la geografía de la muerte, o a los vacíos urbanos inspirándose en la frase de Walter Benjamin: "Son muchos los lugares en las grandes ciudades donde uno se encuentra ante un vacío". Me acuerdo, asimismo, de Albert Gusi y su peculiar aproximación a la geografía cultural catalana y de Llorenç Rosanes y sus no man's lands de las periferias urbanas de Lleida, inquietantes imágenes recogidas

hace pocas semanas en el catálogo Accidents.Y, si de la fotografía de autor pasamos al cine, nos encontramos, sin necesidad de salir de Barcelona, a directores de la talla de Mercedes Álvarez, José Luis Guerín, Ariadna Pujol o Marc Recha, autores de auténticas obras maestras como lo son, respectivamente, El cielo gira, En construcción, Aguaviva y Petit indi, en las que los restos, rastros y vestigios de algo que fue y ya no será estructuran, en buena medida, el discurso. No son los únicos, pero sí suficientes como para mostrar que es posible penetrar en las sombras, dar vida a las ausencias, profundizar en las ambigüedades, permanecer en el umbral de lo que una vez fue vivido.

Sin embargo, no sólo los artistas son capaces de rastrear con su sensibilidad las señales que dejaron los seres humanos en su transcurrir por este mundo. Y, a decir verdad, tampoco es necesario que sean señales físicas las que nos lleven a recrear e imaginar momentos fugaces, presencias efímeras, pero aún palpables. El rumor de los chopos en la ribera de un río, el olor del fango o de los rescoldos de un fuego, el eco de un sonido entre montañas, el ruido de una vieja máquina en un taller urbano a punto de cerrar... todo nos llevará, si estamos atentos, a recrear en nuestra mente un paisaje, una estructura, un momento que nunca más se repetirá, porque ya ha sido. En efecto, ya pasó, pero su aura permanece y, a través de ella, podemos revivirlo.

© Joan Nogué (2010)